



*El hombre
que hablaba serpiente*



ANDRUS KIVIRÄHK

*Traducción del estonio y posfacio a cargo de
Consuelo Rubio Alcover*



IMPEDIMENTA



Título original: *Mees, kes teadis usisõnu*

Primera edición en Impedimenta: abril de 2017

© Andrus Kivirähk, 2007

This edition published by arrangement with Andrus Kivirähk in conjunction with their duly appointed agents Le Tripode, Paris, France and L'Autre agence, Paris, France.

Copyright de la traducción © Consuelo Rubio Alcover, 2017

Copyright del posfacio © Consuelo Rubio Alcover, 2017

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera

Corrección: Susana Rodríguez

La traducción y la edición de esta obra han recibido una ayuda de la Fundación Cultural del Gobierno de Estonia. El editor agradece este apoyo.

ISBN: 978-84-16542-84-0

Depósito Legal: M-10170-2017

IBIC: FA

Impresión sobrecubierta: Artes Gráficas Frampa

Impresión de interior y encuadernación: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El bosque se ha quedado vacío. Apenas se encuentra uno con nadie, quitando, por supuesto, los escarabajos peloteros. A ellos no les afecta nada, o al menos esa impresión da, porque siguen zumbando y silbando igual que siempre. Ellos no han cambiado. Vuelan, buscan a alguien para picarle o sorberle la sangre, o bien le trepan a uno por los pies, con aire despreocupado, si se entromete en su camino, y se quedan allí aleteando furiosamente, adelante y atrás, hasta que se les da un pisotón o se los espanta. Su mundo es el mismo de siempre, pero ni siquiera este va a seguir existiendo como hasta ahora. Es cierto, ¡está al caer la hora de los escarabajos! Yo, por supuesto, no lo voy a ver. Ni yo ni nadie. Pero esa hora llegará: no me cabe ninguna duda.

Tampoco salgo ya demasiado, una vez a la semana o así abandono las profundidades para ir a la fuente a por agua. Me lavo y lavo a mi compañero, restriego su cuerpo caliente. Como gasto mucha agua, he de ir varias veces a la fuente, pero es rara la vez que me encuentro con alguien con el que poder conversar un rato por el camino. En general, no me cruzo con un alma. De hecho, solo en un par de ocasiones me he tropezado con alguna cabra o con un jabalí. Siempre me escrutan temerosos; les da miedo hasta mi olor.

Si silbo, se quedan como petrificados, clavados en el sitio, y me dirigen miradas hoscas, pero jamás se me acercan. Me miran fijamente con cara de pocos amigos, como si estuviesen ante un engendro de la naturaleza: ¿es un hombre que entiende el idioma de las serpientes! Esto hace que su terror aumente aún más, y de buena gana se lanzarían de cabeza a un matorral o se destrozarían las patas alejándose a todo correr para tratar de ponerse a salvo, perdiendo de vista a este monstruo tan raro. Pero no pueden. Las palabras se lo prohíben. Les silbo de nuevo, todavía más alto, obligándoles a que se me acerquen: es un imperativo inequívoco. Las bestias resoplan angustiadas, arrastran las patas y van aproximándose a mí de mal grado. Podría ser misericorde, permitir a los pobres animales que se marcharan..., pero ¿para qué? Dentro de mí albergo un odio nuevo hacia estas criaturas que desconocen las costumbres antiguas y que se dedican a retozar por el bosque, como si, desde el principio de los tiempos, este hubiera sido creado solo para que ellas se revolcasen en el barro. Por eso, vuelvo a silbarles una tercera vez, y en esta ocasión me brotan unas palabras densas como el barro de la ciénaga, que te absorbe sin que haya escapatoria. Los animales, demenciados, pasan a mi lado a una velocidad frenética, como si los hubieran disparado con un arco, y entonces les estallan los intestinos, dando así rienda suelta a la impaciencia y a la tensión contenidas. Explotan y se hacen pedazos, igual que cuando a uno se le rajan unos pantalones que le vienen estrechos, y se les salen las tripas, que se desparan por la hierba. Es un espectáculo abominable, y lo cierto es que contemplar mi obra no me produce ninguna alegría, aunque tampoco tengo intención de dejar de poner a prueba mis poderes —eso jamás—. No es culpa mía que estos brutos hayan olvidado el lenguaje de las serpientes; el que mis ancestros, en su momento, les enseñaron a sus ancestros.

Sin embargo, en cierta ocasión las cosas sucedieron de otro modo. Volví a casa desde la fuente, con un pesado odre lleno de agua a cuestas, cuando de repente vi a un gran alce en mitad del sendero. Musité unas cuantas palabras de lo más sencillas, al tiempo que barruntaba mi propio desprecio ante el dilema que parecía embargar

al alce. Pero este no vaciló al recibir, tan de improviso y de labios de un cachorro humano, órdenes en un lenguaje largamente olvidado por él. Al contrario, bajó la cabeza y acudió adonde yo estaba sin tardanza, y se hincó de hinojos y, rendido ante mí, me mostró su cuello desnudo, tal y como sucedía en aquellos tiempos lejanos en los que no teníamos más remedio que llenarnos el estómago de esa manera, llamando a los alces para que se acercasen y matándolos luego. ¡Cuántas veces no habré visto, de pequeño, cómo mi madre se hacía de este modo con los víveres para pasar el invierno! Elegía a la res más apropiada de entre el rebaño de alces, la llamaba, y cuando esta se le acercaba, le hacía un tajo en la garganta sin tener que esforzarse en absoluto, pues ya lo había dominado gracias a las palabras en lengua serpéntica. La carne de una res adulta nos duraba todo el invierno. Qué insignificante se me antojaba esta forma nuestra de procurarnos el sustento, comparada con las memas expediciones de caza de los habitantes de la aldea, que se pasaban horas y horas persiguiendo a una única presa entre la maleza, disparando flechas a voleo, y aun así, a menudo regresaban a casa desencantados y con las manos vacías... ¡Si solo hacían falta unas palabritas para que el alce quedara a la merced de uno! Pues bien, ahora estaba sucediendo lo mismo. Un alce grande y fuerte yacía a mis pies esperando el mazazo. Un solo movimiento de mi brazo podría haberlo matado. Pero no lo hice.

En lugar de eso, cogí el odre que llevaba al hombro y se lo ofrecí al animal para que bebiera. Él lo lamió con recato. Era un venado, un macho bastante viejo —debía de serlo, pues si no, no habría recordado cómo se tiene que comportar un alce cuando oye la llamada de un humano—. Sin duda se habría resistido, se habría revuelto e incluso habría intentado aferrarse con los dientes a las ramas de los árboles, al mismo tiempo que sentía el imperativo ancestral del lenguaje de las serpientes que lo empujaba hacia mí, y habría acudido a mi lado como un perturbado, cuando ahora venía como un rey. No le importaba verse abocado a una muerte casi segura. Eso también es algo que debe aprenderse. ¿Acaso hay humillación en pliegarse a las leyes y a los usos inveterados? Desde mi punto de vista,

no. Nosotros jamás hemos matado a un alce por diversión —¿quién podría hallar diversión en tal cosa?—. Nos hacía falta comer, y contábamos con las palabras para procurarnos sustento, y estas palabras las entendían también los alces, que además las obedecían. Lo que resulta humillante es haberlo olvidado todo, como les sucede a esos jabatos y a esos chotos que se desgarran como vejigas al escuchar mis palabras. O a los aldeanos que salían a cazar en grupos de diez para atrapar a un solo venado. La estupidez es humillante por definición; la sabiduría, jamás.

Le di de beber a aquel alce y le acaricé la cabeza; él restregó su hocico contra mi jubón. El mundo de antaño aún no había desaparecido del todo. Mientras yo viva, y mientras viva este viejo venado, en Occidente se recordará y se conocerá el lenguaje de las serpientes.

Dejé ir al alce. Deseé que viviera muchos años más. Y que se acordara de lo que le había pasado.

Pero esta historia se merece, verdaderamente, empezar con el entierro de Manivald. Entonces yo tenía seis años. No había visto nunca al tal Manivald en persona, pues él no vivía en el bosque, sino junto al mar. Todavía hoy sigo ignorando por qué mi tío Vootele quiso que le acompañara al entierro. No asistió ningún otro niño. No estaba mi amigo Pärtel, ni tampoco Hiie. A pesar de que Hiie ya había nacido por entonces, eso seguro, porque era un año menor que yo. ¿Por qué no la llevaron consigo Tambet y Mall? Aquel era el típico acontecimiento del que ellos parecían disfrutar enormemente. Y no porque tuvieran algo en contra de Manivald ni porque se hubiesen alegrado de su muerte. No, no era eso, ni de lejos. En realidad, Tambet respetaba a Manivald. De hecho, recuerdo con claridad cómo, de pie junto a la pira funeraria, manifestó: «Ya no nacen hombres así». Y tenía razón: no nacían. Ni así ni de ningún otro tipo, porque la verdad era que ya no nacían hombres en nuestra comarca. Yo fui el último. Un par de meses antes que yo había llegado Pärtel, y un año más tarde, a Tambet y a Mall les nació Hiie. Y ella ya no era un hombre exactamente, sino una chica. Después, las

únicas criaturas que parieron en nuestro bosque fueron las liebres y las comadreja.

Pero esto último, por supuesto, Tambet aún no lo sabía, ni falta que le hacía. Al contrario: él vivía convencido de que en algún momento volverían los buenos tiempos y todo lo demás. Era uno de esos hombres que sienten un respeto tremendo por las costumbres y las tradiciones, y acudía todas las semanas a la arboleda sagrada y ataba cintas coloreadas a los abedules con gran circunspección, seguro de que les estaba ofreciendo un sacrificio a las hadas... No sabía creer otra cosa. El druida Ülga era su mejor amigo. Aunque quizá sea preferible no emplear esa palabra; la palabra «amigo» no resulta adecuada, porque Tambet jamás de los jamases la habría empleado para referirse al druida. Le habría parecido el colmo de la grosería. El druida era alguien grande y sagrado, y había que tratarlo con reverencia, nunca con el desenfado propio de los amigos.

Naturalmente, Ülga también estaba presente en el entierro de Manivald. ¡Cómo no iba a estarlo! Era él, en efecto, el encargado de prenderle fuego a la pira y enviar así el alma del difunto a la tierra de los espíritus. Y lo hizo despacio, con parsimonia: cantó, tocó el tambor, y les prendió fuego a unas setas y a un haz de paja. Así se había quemado a los muertos por los siglos de los siglos, y así debían ser quemados ahora. Por eso había dicho antes que a Tambet se le debía de hacer la boca agua con un entierro como el de Manivald. A él le encantaban aquellos ritos. Lo fundamental era hacerlo todo exactamente igual que lo habían hecho nuestros antepasados; mientras así fuera, Tambet quedaba satisfecho.

Yo recuerdo claramente que, a mí, sin embargo, todo esto me resultaba horrorosamente aburrido. Como no había conocido a Manivald, no podía guardar luto por él, así que me dediqué a observar lo que pasaba a mi alrededor. Al principio me pareció emocionante contemplar la cara arrugada e hirsuta del difunto —me resultó bastante espantoso, porque nunca antes había visto a un humano muerto—. Pero el druida pasó tanto rato esparciendo conjuros e invocando a los hados que, al final, yo ya no sentía ni emoción ni temor. De buena gana habría salido corriendo para acercarme hasta

la orilla del mar, donde nunca antes había estado. Yo había crecido en el bosque. Con todo, mi tío Vootele me mantuvo clavado en el sitio, susurrándome en la oreja que enseguida encenderían la hoguera. Al principio, consiguió el efecto deseado, porque yo quería ver el fuego, claro que sí, y, sobre todo, quería ver cómo quemaban a un hombre. ¿Qué saldrá de él?, ¿cómo serán sus huesos?, pensaba. Me quedé ahí clavado, pero el druida Ûlgas no acababa nunca de dar por concluida la ceremonia y al final yo estaba medio muerto de aburrimiento. Nada habría conseguido espabalarme, ni siquiera que mi tío Vootele me hubiese prometido despellejar el cadáver del viejo antes de quemarlo: sencillamente, lo único que quería era irme a casa. Bostecé sonoramente, y Tambet, que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, me miró frunciendo el ceño y vociferó:

—¡Chitón, chaval, que estás en un entierro! ¡Escucha al druida!

—¡Venga, vete a correr por ahí! —me susurró mi tío Vootele.

Así que me acerqué a la orilla y me puse a saltar, dejando que las olas me mojaran la ropa. Después me dediqué a jugar con la arena y me puse perdido de barro. Entonces me percaté de que el fuego aún estaba encendido, y me dirigí a toda prisa hacia la hoguera, donde ya no se veía ni rastro de Manivald. Las llamas eran enormes y se elevaban hacia las estrellas.

—¡No ves que te has puesto perdido! —me reprendió mi tío Vootele, tratando de limpiarme con la manga. Me topé de nuevo con la mirada de Tambet, que parecía irritado porque, evidentemente, no me estaba comportando como cabe esperar que uno se comporte en un entierro. Tambet siempre se atenía escrupulosamente a las normas.

Como Tambet no era ni mi padre ni mi tío, sino simplemente un vecino, a mí su opinión me daba igual, y sus enfados me importaban un pimiento. Por eso, me puse a tirarle de la barba al tío Vootele y a preguntar:

—¿Quién era ese Manivald? ¿Y por qué vivía al lado del mar? ¿Por qué no vivía en el bosque como nosotros?

—Su hogar estaba junto al mar —respondió mi tío Vootele—. Manivald era un anciano sabio. El más anciano de entre nosotros. Hasta había visto al Sapo del Norte.

—¿Y quién es el Sapo del Norte? —le pregunté yo.

—El Sapo del Norte es una gran serpiente —respondió mi tío Vootele—. ¡La mayor! ¡Es mucho mayor que el rey de las serpientes! Es tan grande como un bosque, y sabe volar. Tiene unas alas gigantescas y, cuando alza el vuelo, ensombrece con ellas el sol y la luna. Antaño, solía surcar los cielos y merendarse a todos los enemigos que se atrevían a arribar con sus naves hasta nuestras costas. Y, después de merendárselos, nosotros nos quedábamos con sus posesiones. Entonces éramos ricos y poderosos. Nos temían, pues sabían que nadie había sido capaz de rebasar nuestras costas con vida. Pero, como también sabían que éramos ricos, y la codicia siempre se impone al miedo, no dejaban de acercarse a nuestras playas barcos y más barcos llenos de gente dispuesta a saquear nuestros territorios... ¡Y el Sapo del Norte los aniquilaba a todos!

—¡Quiero ver al Sapo del Norte! —exclamé.

—Desgraciadamente, eso ya no es posible... —se lamentó mi tío Vootele—. El Sapo del Norte se ha dormido, y no logramos despertarlo. Somos demasiado pocos.

—¡Pero seguro que un día lo conseguiremos! —se inmiscuyó Tambet—. ¡No hables así, Vootele! ¿Qué monsergas autocompasivas son esas? Escúchame bien: ¡tanto tú como yo veremos el día en el que el Sapo del Norte surque de nuevo el cielo y devore a todos esos repugnantes hombres de hierro y a las ratas de aldea!

—El único que cuenta monsergas aquí eres tú —dijo mi tío Vootele—. ¿Cómo va a ser eso verdad, si sabes perfectamente que para despertar al Sapo del Norte hacen falta por lo menos diez mil hombres? Solamente si se reúnen diez mil hombres y pronuncian a la vez las palabras necesarias en la lengua de las serpientes..., solamente entonces se despertará el Sapo del Norte y abandonará su guarida para elevarse por los cielos. ¿Dónde has visto tú a esos diez mil hombres? ¡Si no podríamos reunir ni a diez!

—¡No nos podemos rendir! —musitó Tambet—. Mira a Manivald... ¡Él aún conservaba la esperanza, y por eso podía afrontar su labor cada día! ¡En cuanto divisaba un barco en el horizonte, prendía fuego a un tocón de árbol para anunciarles a todos que había llegado

la hora de despertar al Sapo del Norte! Año tras año repetía la misma ceremonia, pero jamás nadie prestaba atención a sus hogueras, y por eso, los barcos de los forasteros conseguían atracar sin oposición de nadie, y los hombres de hierro arribaban impunemente a nuestras orillas. Pero él no se alteraba ni hacía aspavientos, sino que seguía impasible, desarraigando tocones de árbol y secándolos para encenderlos luego y seguir esperando: ¡esperaba y punto! Confiaba en que el Sapo del Norte se levantaría de nuevo y se cerniría poderoso sobre el bosque... ¡Igual que en los buenos y gloriosos tiempos de antaño!

—Pero no surcará el cielo nunca más —dijo mi tío Vootele, taci turno.

—¡Yo quiero verlo! —protesté—. ¡Quiero ver al Sapo del Norte!

—Pues no lo vas a ver —aseguró mi tío Vootele.

—¿Es que está muerto acaso? —inquirí.

—No, el Sapo del Norte no se morirá nunca —dijo mi tío—. Está durmiendo. Solo que no sé dónde... Nadie lo sabe.

En aquel momento, me sentí tan defraudado que me callé. La historia del Sapo del Norte era de lo más emocionante, pero tenía un final pésimo. ¿Para qué sirve un milagro si nadie puede ser testigo de él? Tambet y mi tío siguieron con su disputa, así que yo me fui a chapotear de nuevo junto al mar. Di un paseo a lo largo de la playa, que estaba muy bonita con toda aquella arena y salpicada de grandes tocones de árbol que alguien había extraído de la tierra, dejando sus raíces al aire. Debían de ser los mismos que el ya desaparecido Manivald, a cuya cremación acabábamos de asistir, se dedicaba a secar para prender aquellas hogueras de emergencia a las que nadie prestaba atención alguna. Al lado de uno de los tocones había alguien remoloneando. Era Meeme. Nunca lo había visto caminar, pues siempre me lo encontraba tumbado cuan largo era bajo algún matorral, aparentando ser la hoja de algún árbol que el viento arrastrara de un lado a otro. Y siempre estaba royendo una Amanita Matamoscas, y siempre me la tendía, pero yo nunca aceptaba porque mi madre me lo tenía prohibido.

También en esta ocasión Meeme yacía en el suelo, apoyado sobre un costado, y tampoco esta vez lo vi aparecer, sino que me topé

con él sin darme ni cuenta de dónde había salido. Me prometí solemnemente a mí mismo que la próxima vez intentaría averiguar qué pinta tenía aquel hombre cuando estaba plantado sobre sus dos piernas, y me pregunté cómo demonios se desplazaría de un sitio a otro —si erguido como el resto de la gente o a cuatro patas como las bestias, o bien reptando como las culebras—. Cuando me aproximé a Meeme advertí, para mi sorpresa, que esta vez no estaba comiéndose una amanita, sino dando sorbitos de un pellejo que contenía un líquido que no supe identificar —cualquiera sabía—.

—¡Ahhhhh! —suspiró, enjugándose la boca justo cuando yo estaba acuclillándome a su lado y olisqueando con mucho interés el extraño olor que emanaba del pellejo—. Es vino. ¡Mucho mejor que los hongos! Para algunas cosas, los extranjeros demuestran que todavía les queda una migaja de sentido común... ¡Bendito sea! Los hongos dan una sed horrosa, mientras que esto la apaga a la vez que te emborracha. ¡Qué caldo tan maravilloso! Creo que definitivamente me paso al vino. ¿Tú también quieres?

—No —dije. En realidad, mi madre nunca me había prohibido expresamente beber vino, pero se sobreentendía que si Meeme me ofrecía algo, seguro que no iba a ser nada mejor que una Amanita Matamoscas—. ¿De dónde sacas esos pellejos? —Le pregunté, pues yo nunca había visto nada parecido en el bosque.

—De los monjes y de otros forasteros —respondió Meeme—. Solo hace falta abrirle la cabeza a alguno de esos y el pellejo es tuyo... —Y echó otro trago—. Es un brebajito muy sabroso, te lo aseguro —volvió a decir en tono elogioso—. ¡Ese imbécil de Tambet puede renegar y refunfuñar todo lo que quiera, pero hay que reconocer que el bebercio de los forasteros es superior al nuestro!

—¿Y por qué reniega y refunfuña Tambet? —pregunté yo.

—¡Quién sabe! No tolera que nadie imite a los extranjeros, ni siquiera que se toquen sus cosas —dijo Meeme a la vez que daba un manotazo despectivo al aire—. Toma el caso de este monje, por ejemplo: yo le aseguré que no lo había tocado, que había usado mi destal, pero él erre que erre, rezongando. ¿Y qué quiere que haga si no quiero pasarme la vida entera comiendo hongos? ¡Si esta basura

está muchísimo más rica y se te sube mucho más rápido a la cabeza! Los humanos tenemos que ser flexibles e ir aprendiendo a lo largo de la vida en lugar de permanecer rígidos como este tocón. Aunque, por desgracia, seamos exactamente como él. ¿Y adónde nos ha conducido esa rigidez? Como las últimas moscas antes del invierno, vamos volando y posándonos por todo el bosque, hasta que, ¡plof!, nos hundimos en el musgo y estiramos la pata.

Yo no había entendido ni una palabra de la última parte de su discurso, así que me puse en pie e hice ademán de volver adonde estaba mi tío.

—¡Espera, chaval! —me detuvo Meeme—. En realidad, yo quería darte una cosa.

Empecé de inmediato a menear la cabeza con mucho ímpetu, porque ya me sabía lo que vendría a continuación: la Amanita Matamoscas, el vino o cualquier otra cochinidad de las que a él le gustaban.

—¡Espera, te he dicho!

—¡Mi madre no me deja! —grité.

—¡Cierra el pico! Tu madre no sabe lo que te quiero dar. Mira, ¡quédate con esto! A mí no me hace falta para nada. ¡Cuélgatelo del cuello!

Meeme me apretó contra la palma de la mano una bolsita de piel que parecía contener algo pequeño pero pesado.

—¿Y qué hay ahí dentro? —pregunté yo.

—¿Ahí dentro? Hmmm..., pues... dentro hay un anillo.

Desenrollé poco a poco los cordeles que mantenían la bolsa cerrada. Y, en efecto, lo que había dentro era un anillo. Un anillo de plata con una gran piedra roja engarzada. Cuando me lo probé, me di cuenta de que me quedaba grandísimo.

—Mételo en la bolsa —me dijo Meeme en tono pedagógico—. Y cuélgate la bolsa del cuello, como te he dicho antes.

Volví a meter la sortija en la bolsa. ¡Estaba hecha de una piel fabulosa! ¡Ligera como la hoja de un árbol, que se te escapa de las manos y no tarda en llevársela el viento! Pensé que era la funda adecuada para una sortija como aquella, tan fina y exquisita.

—¡Gracias! —le dije alegremente, embargado por una sincera gratitud—. ¡Es un anillo precioso!

Meeme se rio.

—De nada, chaval, es un placer —dijo él—. No sé si es bonito o feo, pero, en todo caso, es un anillo necesario. Consévalo, y no pierdas la bolsa.

Yo volví corriendo a la hoguera. De Manivald solo quedaban ya sus cenizas, que resplandecían entre las brasas. Le enseñé el anillo al tío Vootele y él se quedó mirándolo mucho rato, examinándolo minuciosamente.

—Es un objeto caro —concluyó—. Fabricado en una tierra extranjera y probablemente transportado hasta nuestras playas por barcos foráneos. No me sorprendería que el primer dueño de este anillo hubiera sido víctima del Sapo del Norte. Lo que no entiendo es por qué Meeme te lo ha dado precisamente a ti. Podría haberse lo entregado a tu hermana Salme... ¿Qué vas a hacer tú, chaval, deambulando por el bosque con semejante joyita?

—¡No se lo voy a dar a Salme, ni soñarlo! —chillé yo, muy ofendido.

—Tienes razón, no se lo des —dijo mi tío—. Meeme no hace las cosas sin ton ni son. Si te ha dado el anillo, será porque lo consideraba necesario, por el motivo que sea. Ahora mismo no sé lo que le habrá rondado por la cabeza para hacerlo, pero algún sentido tendrá. Y saldrá a la luz con el tiempo. Volvamos a casa de una vez.

—Volvamos, sí... —Asentí, y me di cuenta de lo cansado que estaba. Mi tío Vootele me subió a la espalda de un lobo y, a continuación, nos adentramos en el oscuro bosque. Atrás dejamos las ascuas de la hoguera apagada y el mar, que se había quedado sin nadie a quien vigilar.

